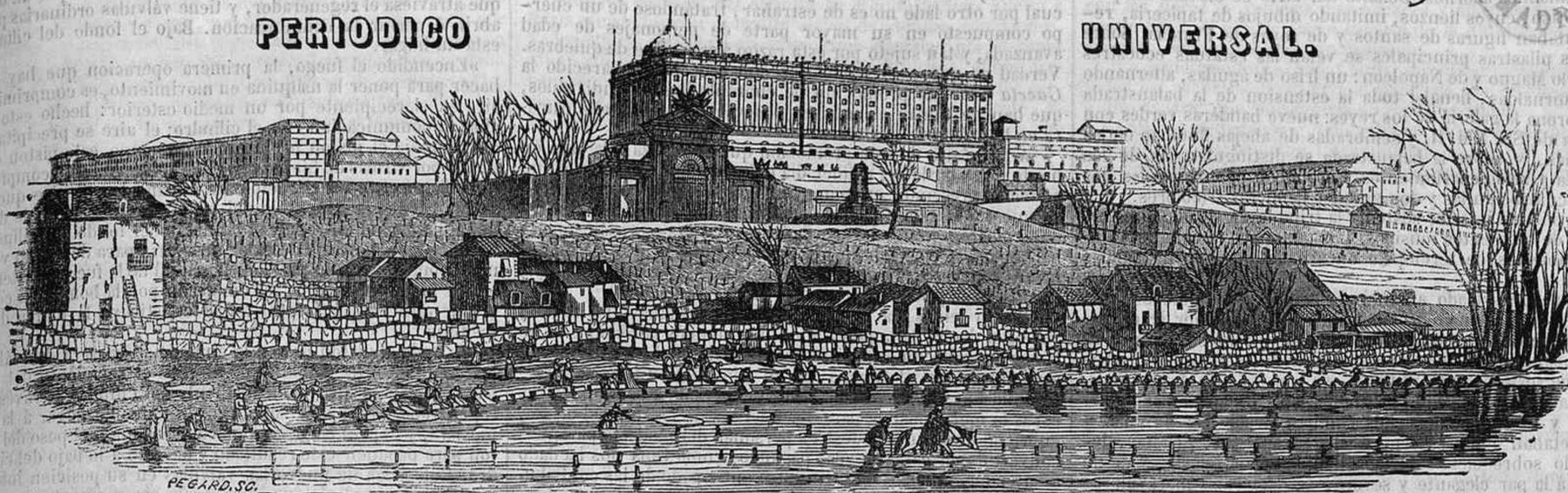


# LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.  
Número suelto 4 rs.

NUM. 209.—SÁBADO 26 DE FEBRERO DE 1853.  
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.  
Ultramar y extranjero: Año 80.

En el presente número encontrarán nuestros lectores cinco grabados, referentes á la gran ceremonia celebrada en París en los últimos días del mes anterior. Uno de ellos repre-

senta el matrimonio civil del emperador de los franceses, que se verificó el 29 de enero; otro el matrimonio religioso en la iglesia de Nuestra Señora; el tercero, la magnífica decoración

esterior de la catedral y la llegada de SS. MM. II.; el cuarto, los trajes que llevaban el emperador y la emperatriz en la ceremonia religiosa del día 30; y el quinto, la medalla acuñada



Trajes del emperador Napoleon y la emperatriz Eugenia en la ceremonia del casamiento religioso.

con motivo de aquella solemnidad. El templo de Nuestra Señora, tanto interior como esteriormente, producía un efecto verdaderamente sorprendente por la riqueza y buen gusto de sus bellísimos adornos. Delante del atrio se elevaba un pórtico gótico, cuyos lienzos, imitando dibujos de tapicería, representaban figuras de santos y de reyes de Francia. Sobre las dos pilas principales se veían las estatuas ecuestres de Carlo Magno y de Napoleón: un friso de águilas, alternando con guirnalda, llenaba toda la estension de la balaustrada que corona la galería de los reyes: nueve banderas verdes con la cifra de SS. MM. II. y sembradas de abejas flotaban en las ventanas, y sobre la balaustrada se distinguían las de los ochenta y seis departamentos. Coronaban por último las dos torres cuatro águilas y dos grandes banderas tricolores.

Un pórtico interior sostenía la tribuna destinada á una orquesta de quinientos músicos. Los pilares de la catedral estaban cubiertos de terciopelo encarnado bordado de palmas de oro.

Sobre un estrado alfombrado con un riquísimo tapiz de armiño se hallaban colocados los asientos de honor del emperador y de la emperatriz. Sobre dicho estrado se elevaba un dosel magnífico de terciopelo encarnado, sembrado de abejas, que sostenía una águila de oro con las alas desplegadas. Infinitas banderas, con los nombres de las principales ciudades y departamentos, descendían desde las bóvedas y completaban aquella hermosísima perspectiva. El altar, levantado sobre siete escalones del piso de la iglesia, y de un estilo á la par elegante y severo, se destacaba maravillosamente de la masa refulgente de luces que inundaba el coro.

Quince mil bujías iluminaban la catedral y hacían brillar los grandes estrados que ocupaban el cuerpo diplomático, el senado, el cuerpo legislativo, el consejo de estado, las señoras de los ministros, de los mariscales, de los almirantes, y todas las notabilidades de la Francia y del extranjero residentes en París.

A la izquierda del altar se habían colocado los cardenales, los obispos, los miembros del capítulo metropolitano, los canónigos titulares de San Dionisio y los canónigos honorarios de París.

Nuestros lectores se hallan ya completamente enterados de la magnificencia con que se ha celebrado el matrimonio del emperador Luis Napoleón con nuestra compatriota la señora condesa de Teba, hoy emperatriz Eugenia, y de las ceremonias que precedieron á los dos actos civil y religioso de aquel suceso; pero después del retrato de la emperatriz, que dimos ha pocos números, hemos querido tener la satisfacción de ofrecer los grabados que dan una idea exacta de tan notable acontecimiento.

## CRONICA MATRITENSE

DEL MES DE FEBRERO.

La opinion general que atribuye al mes de febrero el carácter mas vario y coqueton, ha quedado completamente desmentida en la heróica villa en el año de gracia 1853.—Febrero loco (si por falta de cordura se entiende la inconstancia y veleidad) ha sido por esta vez el mas cuerdo y formalote de todos los meses conocidos; más consecuente que una fea, y mas adusto y ceñudo que un señor mayor. Su mano, que ordinariamente suele empuñar el tirso de la locura, se ha ostentado, por el año que corre, armada de la disciplina del dómine ó de la *chiso-pompa* del boticario; su frente, que en las pinturas simbólicas suele aparecer orlada de blonda cabellera y sembrada de bulliciosos cascabeles, se ha presentado á nuestros ojos cejjunta, sañuda, encanecida y cubierta por lo menos de un respetable gorro de algodón.—Todos los refranes, todos los idiotismos que desde tiempos remotos venían aplicándose á esa dichosa luna, todos hay que borrarlos del diccionario, ó relegarlos cesantes al panteon del *Malara* en su *Filosofía vulgar*. «Por febrero busca la sombra el perro;» «Por S. Blas, golondrina verás;» «Si á la Candelaria chora, el invierno fora;» «Por S. Matías, ya da el sol en las folias.»—Todas estas y otras muchas sentencias del gran Sancho, han pasado por lo visto al estado de fósiles ó antediluvianas; son otros tantos documentos roñosos y apollillados para la historia retrospectiva del mes de febrero en sus buenos tiempos.—Hoy por hoy, la verdad es que la pluma que tiene la desgracia de trazar su biografía, mas que al pincel de Tácito, ó á la lira virgiliana, tiene que pedir inspiraciones á la sardónica risa de Persio ó á la penca de Juvenal. Por fortuna, y para mitigar algun tanto nuestras iras con el mes que termina, nos consuela la idea de que mas bien que un artículo biográfico, escribimos (atendida su fecha) un artículo necrológico, y que en vez de un himno al sol luciente, al poder dominante, solo habremos de entonar al que espira un responso funeral.

Y no son pocos por desgracia los que han resonado en las bóvedas de nuestros templos por los manes de diversas personas notables en distintos conceptos en la sociedad madrileña, que han sucumbido víctimas de la alevosía del tal mes; no poco movimiento de operaciones ha reinado en su consecuencia en la bolsa y colegio de agentes de ultratumba, compuesta de enterradores, sacristanes y cofrades, músicos festeros y fúnebres *croque mors*. Para todos estos el mes de febrero ha sido un verdadero agosto, y la guadaña de la muerte se ha convertido en sus manos en la hoz del segador.

Como una muestra del lamentable destrozo que ha ocasionado en nuestra villa y corte la áspera condicion del dicho mes, bastarían citar la modesta y escondida plazuela del Conde de Miranda, cuyas tres únicas puertas permanecen cerradas á la hora que escribimos, á consecuencia del fallecimiento simultáneo de dos de sus principales habitantes, el capitán general marqués de Rodil, y el señor D. José Antonio Muratori, censor de novelas y apoderado general de la casa y estados de las escelentísimas señoras condesas de Montijo, de Miranda y de Teba. Además del general Rodil, ha experimentado el senado la pérdida de otro de sus individuos, el señor D. Diego del Rio, rico propietario de Madrid, regidor decano del ayuntamiento perpetuo y del actual, uno de

los directores de la caja de ahorros, y de los mas importantes vecinos de esta villa; por manera que el alto cuerpo colegislador, con las cinco de que hicimos mención en el mes anterior, cuenta ya siete bajas en lo que llevamos de año, lo cual por otro lado no es de extrañar, tratándose de un cuerpo compuesto en su mayor parte de personajes de edad avanzada, y tan sujeto por esta razon á esta clase de quiebras. Verdad es que para reponerlas con creces ha aparecido la *Gaceta* con una promocion de cuarenta ilustres individuos, que han de tomar asiento en los vacantes de la alta cámara en la próxima legislatura.

A propósito de esta promocion que comienza á la una en punto de la tarde del primer día del próximo mes Marcial, no podemos prescindir en honor de la verdad, y en cumplimiento de nuestra mision de fieles cronistas, de consignar aquí otra de las germinaciones del mes de febrero, ó sea—prosaicamente hablando—la eleccion de los diputados que han de formar el futuro congreso, y que se verificó con extraordinario vigor y lozanía en la primer semana del mes.

Por lo demás, la turbamulta de los profanos, las masas, vamos al decir, de la poblacion, que tuvimos la fortuna de no haber ocupado ningun fúnebre carro triunfal en el presente mes; tomamos el tiempo segun Dios por su infinita misericordia fué servido enviarnoslo, envolviéndonos en nuestras capas lo mejor posible para defendernos de las iras del cierzo, cubriendo nuestras pedestres personas del modesto paraguas convertido en para-nieves, pagando, como Dios nos lo ha dado á entender, el inevitable trimestre anticipado de las contribuciones por nuestra propiedad ó nuestra industria; encuadrados en nuestras batas, en nuestros libros y papelotes, al pie de la chimenea ó del brasero; madrugando á las ocho, una sola vez dentro del mes, para llevar como mansos corderos nuestros votos y simpatías á la urna del distrito, y trasnochando alguna otra para tomar parte en alguna bulliciosa zambra propia del Carnaval.—Pasado este y con él todo género de farsas, elecciones y polémicas, y entrados en el dominio de la santa Cuaresma, hemos ayunado y continuamos ayunando lo mejor que sabemos, saboreando los viernes, amen de los consabidos huevos y lactinios, algun otro habitante de los mares Cantábrico y Mediterráneo, que al través de las nieves y chubascos de los *puertos secos*, han logrado conducir á nuestros mercados las empresas de diligencias, que sin tener bula especial se han permitido promiscuar escandalosamente en todo el mes, engullendo en su famélico vientre carne y pescado hasta mas no poder; padres y abuelos de la patria; merluzas y besugos; electores y funcionarios; anguilas y salmon.

Quedamos pues en que el mes de febrero ha sido el mes de mas románticos contrastes: máscaras y elecciones; ayunos y lluvia de turrón; bailes y funerales; tristezas y regocijos; carne y pescado; cristianos y judías; manifestos y reservas; negativas y cumplimientos; nieve en la atmósfera y calor febril en las mentes.

En la *Revista ó Crónica* del anterior, le calificamos con el distintivo de la *caridad*; al de febrero (fuera de sus demasías, que somos los primeros á impugnar) pudiéramos apellidarle el de la *esperanza*; fuerza será que confiemos nuestra fé al próximo marzo, siguiendo así, aunque en sentido inverso, en el primer trimestre del año la inspiracion de las tres teologales virtudes. ¡Ojalá pudiéramos aplicar al de abril y siguientes las cuatro cardinales, *prudencia, justicia, fortaleza y templanza!*

EL CRONISTA.

## REVISTA CIENTIFICA.

En este momento el mundo científico se halla muy pre-ocupado con el descubrimiento del ingeniero Erickson, que consiste en reemplazar el vapor de agua con la fuerza expansiva del aire caliente. El primer buque movido por este sistema, se ha construido en Nueva York, y su primer viaje se ha efectuado el 4 de enero, con el mejor éxito, habiéndose comprobado que corría catorce millas por hora, y que el consumo de carbon para una fuerza de dos mil doscientas toneladas solo ha consistido en seis toneladas por cada veinticuatro horas, lo cual da una economía de noventa y cuatro por ciento comparativamente con los buques de vapor de igual fuerza. Este resultado es tan prodigioso que apenas parece creible, y es seguro que va á hacer una revolucion completa en la navegacion, igualmente que en el uso de las máquinas fijas.

Nuestros lectores nos agradecerán, por lo mismo, la siguiente reproduccion de los detalles siguientes, publicados por el *Correo de los Estados Unidos*, sobre la esperiencia y la descripción técnica de este nuevo sistema:

«Ayer salió por segunda vez de la bahía el *Caloric-Siph-Erickson*, con unos cincuenta convidados, la mayor parte de ellos periodistas. Habiendo partido del *Gastle-Garden* á las nueve y media, ha llegado hasta fuera del fuerte Hamilton, y volvió á anclar á eso de la una cerca de la Batería. Dejando á un lado los *discursos* y *resoluciones* de costumbre, trataremos de explicar el juego de la máquina, aunque no esperamos alcanzar el grado de lucidez con que el capitán Erickson hizo su descripción á los convidados, al ruido de los *hum-bum* de sus inmensos pistones.

«El gran principio que sirve de base, la recuperacion del calórico, ha costado al inventor veinte años de reflexiones para hacer de él una máquina, y consiste en servirse continuamente del mismo calor para calentar el aire que se hace entrar en los cilindros. El aparato por cuyo medio se aplica ese principio, se llama regenerador, y se puede formar una idea clara de él, suponiendo que un hombre tiene en la boca una esponja metálica caliente: si el hombre aspira, el aire exterior, pasando por los poros de la esponja, se calentará y llegará caliente á los pulmones, al paso que la esponja, habiendo cedido su calórico, se quedará fría; si espira el aire calentado de ese modo, ese mismo aire, al atravesar de nuevo la esponja, la calentará y llegará frío al exterior. Si en vez de producir esos movimientos por la contraccion de los músculos del pecho del hombre, se adapta un fuelle á la boca para producir la aspiracion y espiracion, casi tenemos la máquina de Erickson.

«Esta máquina se compone de dos cilindros verticales sobrepuestos: el de abajo es el cilindro trabajador; el de arriba es una bomba que comprime el aire en un recipiente colocado encima. Este recipiente y el cilindro están unidos por un tubo que atraviesa el regenerador, y tiene válvulas ordinarias para abrir ó cerrar la comunicacion. Bajo el fondo del cilindro está un hogar.

«Encendido el fuego, la primera operacion que hay que hacer para poner la máquina en movimiento, es comprimir el aire en el recipiente por un medio exterior: hecho esto, se abre la comunicacion con el cilindro; el aire se precipita en él y empuja el piston hácia arriba, y como este piston está ligado por virolas de hierro con el de la bomba, esta comprime inmediatamente en el recipiente la cantidad de aire que ha salido. Siendo la superficie del piston-motor casi doble de la de la bomba, el aire, con el contacto del fondo del cilindro, ha tomado la cantidad de calor necesaria para doblar su volumen, conservando su presion. La mitad de la fuerza contenida en ese aire comprimido, es empleado por la bomba en comprimir aire frío, y la otra mitad constituye la fuerza de la máquina.

«Cuando el piston llega á la cima de su carrera, las válvulas maniobran de manera que cierran el recipiente del aire frío, y dejan escapar el aire caliente del cilindro á través del regenerador. Este aire se enfria allí antes de llegar á la atmósfera, y deja el calor en almacen, bastando el peso del piston para producir este resultado y llevarlo á lo bajo del cilindro. Colocadas de nuevo las válvulas en su posicion inicial, vuelve á subir el piston; pero desde ese momento, como el aire que pasa del recipiente al cilindro se calienta al atravesar el regenerador, el fondo calentado del cilindro no tiene ya que suministrar mas que la pequeña cantidad de calor llevada por el aire escluido, y la pérdida por la irradiacion de las superficies calientes.

«La construccion del *Erickson* no es una empresa comercial, sino una esperiencia de física en una escala gigantesca del jóven gigante americano. El casco del buque, notable por la perfeccion de sus formas, tiene novecientos sesenta pies de manga, cuarenta de eslora, y veintisiete de puntal, y la cubida de dos mil doscientas toneladas. Debajo del puente, cuatro chimeneas de treinta pulgadas de diámetro se elevan solo á dos pies sobre el puente: dos de ellas son las chimeneas de los hogares, y las otras dos sirven para arrojar afuera el aire que sale de los regeneradores. Las ruedas tienen treinta y dos pies de diámetro y diez de ancho.

«El árbol-motor, de diez y ocho pulgadas de diámetro, lleva en el medio un *codo* de tres pies ocho pulgadas de radio, á cuyo *maneton* vienen á fijarse dos *bielas* inclinadas á cuarenta y cinco grados; delante del árbol: hay dos aparatos como el que hemos descrito, los cuales, sujetos á un balancin, ponen en movimiento una de las *bielas*; otros dos cilindros con sus bombas dispuestas de un modo semejante detrás del árbol, hacen moverse la otra *biela*.

»CILINDRO Y PISTON.

«Los cilindros tienen catorce pies de diámetro, y el piston recorre seis. Hace apenas un año, los cilindros mas anchos fundidos hasta entonces tenían ocho pies de diámetro, y se dudaba que fuese posible fundirlos mas anchos con buen éxito. Hoy, MM. Hoggs y Delamater están prontos á hacerlos de veinte pies á sus riesgos y peligros. Otra dificultad, á juicio de muchos invencible, era el impedir que se recalentasen los pistones, lo cual destruía las guarniciones impidiendo el engrasar. Los pistones son unas cajas huecas, chatas por encima y cóncavas de abajo; su espesor en el canto es de seis pies, pero la guarnicion solo ocupa la parte superior. El interior de los pistones está lleno de yeso y carbon, cuerpos que son malos conductores. Este arreglo es tan acertado, que el calor de la guarnicion es apenas suficiente para derretir el sebo.

»HOGARES Y FONDOS DE LOS CILINDROS.

«El fondo de los cilindros es una superficie convexa por arriba y cerrada de manera que se adapta exactamente al piston cuando este descende. Este fondo tiene pulgada y media de espesor, y es calentado por el calor que despiden el fuego de entracito ó coke colocado cinco pies mas bajo. Se ha adoptado esta distancia para que los fondos no se pongan candentes, y ha correspondido tan bien á lo que de ella se esperaba, que se supone ya que, á pesar del contacto del aire, podrán durar mas de cuatro años.

»REGENERADOR.

«Esta parte del aparato, la mas notable sin disputa, es la primera que se ha inventado y la que menos embarazos ha dado al inventor. Compónese el regenerador de una serie de telas metálicas colocadas paralelamente unas al lado de otras en una caja de seis pies de ancho y cuatro de alto. De consiguiente cada una de estas telas tiene veinticuatro pies cuadrados, y hay doscientas telas para cada cilindro, lo que hace cerca de veinte mil pies cuadrados. El número de las mallas se calcula en cien millones, y el hilo de las telas tiene de diámetro la décimasesta parte de una pulgada.

»PRESION Y TEMPERATURA.

«La presion que se ha hallado mas ventajosa es la de doce libras por pulgada cuadrada, es decir, un poco menos que una atmósfera. La temperatura mas alta á que se eleva el aire en el interior del cilindro es 384° Fahrenheit. Para doblar su volumen, sería preciso que llegase á 450°, pero esta temperatura habría tenido inconvenientes que se han querido evitar. Cuando el aire, después de hacer el trabajo que le está asignado en la máquina, es arrojado fuera del buque, no tiene mas que 30° de calor sobre la temperatura exterior. Cuando la máquina da quince pistonazos por minuto, la cantidad de aire que ha funcionado por hora en el aparato, tiene un peso de setenta y cinco toneladas. Con este dato se puede calcular la cantidad de calor llevado por el aire que sale fuera, recordando que la capacidad calorífica de gas es solamente un cuarto de la del agua.

»FIADOR.

«Un arreglo esencial, aunque no aparente, es el de los aparatos del fiador, que cerrando las válvulas antes del fin de la carrera, permite emplear la fuerza de la expansion de aire. En

la bomba, el aire tomado á la presión exterior no llega á la presión de doce libras sino cuando el piston ha recorrido treinta pulgadas de su carrera. En el cilindro, la presión es de doce libras por pulgada durante los dos tercios de la carrera; entonces la válvula se cierra, y el último tercio es recorrido por la fuerza expansiva del aire. Para tener doce libras de presión real, como hay de un lado del piston quince libras de presión atmosférica hay dentro veintisiete libras de presión; esto, dilatado en la proporción de dos volúmenes á tres, deja diez y ocho libras al fin de la carrera: lo cual es solamente tres libras por pulgada sobre la presión ordinaria.

«Las otras partes de la nueva máquina no presentan ninguna disposición que nos parezca digna de una mención particular.»

«M. Erickson afirma que su buque consumirá solamente seis toneladas de carbon cada veinticuatro horas, produciendo el trabajo de seiscientos caballos. La exactitud de estas previsiones debe recibir la sanción de la práctica; pero si se realizan, ocupará un puesto al lado de Wat y de Fulton, llevando á cabo una de esas revoluciones pacíficas que hacen ganar siglos á la humanidad.»

«Al terminar su explicación el capitán Erickson, que no es rico, ha dicho: «En estos veinte años que estoy trabajando en mi máquina, muchas veces me he visto detenido por dificultades imprevistas; he tenido que vencer imposibilidades aparentes, pero jamás me vi paralizado por falta de capital.» Este es el mas bello cumplimento que jamás se ha hecho al genio emprendedor de los americanos, y los que este día podían apropiarse la mejor parte eran MM. Kitching y Stoughton.»

## LAS CENAS DEL DIRECTORIO.

(Continuación.)

—¡Bueno! Dos cartas que deben ir al Cairo en la primera ocasión. Las detendremos en el correo. ¿Y luego?

—A las ocho y media, y no á las siete, ha vuelto el oficial á la sastrería que antes he citado. En este momento se está vistiendo para venir aquí, y ha enviado á buscar un carruaje. Esto es todo lo que sé, ciudadano Director.

—Perfectamente: permaneced en el Luxemburgo, y no dejéis de seguir la pista...

El agente se inclinó profundamente y salió del gabinete. Pablo Francisco Juan Nicolás, vizconde de Barras, de la noble familia de este apellido, nació en las cercanías de Bouc, en Provenza, en una residencia situada junto al golfo de Foy, el día 21 de junio de 1755. El origen de su casa era ilustre, y se decía proverbialmente en el mediodía, al hablar de los Barras: *tan antiguos como las rocas de la Provenza*. El vizconde había cumplido sus primeros ejercicios prácticos en la marina real, y sirvió con honra á las órdenes del baillío Suffren.

Pasó al ejército de tierra y debió á los acontecimientos revolucionarios el empleo de general de división. Por su talento trascendental, por su instrucción, por su carácter audaz y perseverante, había llegado á adquirir gran importancia, en medio de las agitaciones políticas de la época. Pronto se hizo íntimo de los hombres, que debían heredar el poder después del despotismo convencional, y supo disipar una fortuna mas que regular, en compañía de personajes eminentes, que naturalmente llegaron á ser sus amigos y sus adversarios, pero también sus colegas. Era ciertamente hombre de grandes luces, y cuya misión hubiera sido magnífica y envidiable, si la hubiese comprendido, ó mas bien, si fogosas pasiones no hubiesen opuesto terribles obstáculos á sus ideas y proyectos. A los pies de Barras, ante el poder directorial espiraba la horrible tiranía de los dictadores de la Convención. Respirando por fin la Francia con mas desahogo desde el 9 thermidor, había saludado entusiasmada la elevación de un hombre, cuya moderación y alta capacidad creía conocer. Ya se sabe cómo el nuevo *Pericles* (así le llamaba la adulación) se atemperó hábilmente en un principio á los deseos de una República que acababa de atravesar tantas jornadas sangrientas. Mas tampoco se ignora cómo se corrompió bien pronto el poder entre las manos del Director supremo, cómo se sirvió de la autoridad el 18 fructidor, y con qué deplorable habilidad no cesó de envilecerla hasta la época en que dan principio estos sucesos.

El director Barras, á la edad de cuarenta y cuatro años, era hombre cuyos gustos y costumbres revivían al influjo de las pasiones. Barras necesitaba, para vivir como vivía, montes de oro, y montes de oro á cualquier precio. No había pues contribuido poco, por su parte, á precipitar la situación financiera y moral del país, hasta sumir á este en apuros tan terribles, que solo un carácter austero, un carácter militar y absoluto, podía salvarlo.

Pero volvamos á nuestra narración, porque no escribimos la historia filosófica del régimen directorial.

En la noche ya mencionada, el ciudadano Barras se hallaba entregado á serias cavilaciones. Su instinto y su política (todos los hombres importantes la tenían entonces), le decían que una influencia peligrosa para el Directorio empezaba á conquistar la opinión pública. Parecía levantarse un nuevo poder, semejante á una estrella, cuya llegada al horizonte político esperaba el país con ansiedad creciente. Aquella estrella de feliz presagio era la del joven vencedor de Italia, el del conquistador de Egipto. Bonaparte, después de haber esarmentado á los beyes de los Mamelucos, después de haber devuelto á la Francia su influencia en las regiones de Levante, con perjuicio de la Inglaterra, Bonaparte, tan grande ya á los treinta años, tan popular, tan admirado, ¿no era el hombre mas temible para el Directorio, ya que no lo fuese para la república y para la libertad? ¿Y aquel joven general, aquel *Sultán del fuego*, como le llamaban los árabes y los mismos turcos, no ideaba en medio de sus triunfos, partir secretamente del Cairo, para llegar á París, sin ser esperado, y alzarse para siempre con la suprema autoridad, aprovechando un momento de entusiasmo público?

Para un ambicioso, para un adorador del poder como Barras, había en esto efectivamente harta materia para reflexionar.

La policía había descubierto algunas maniobras secretas, y creyó haber dado con regueros de pólvora: podía estallar una mina...

Muchos oficiales del ejército de Egipto habían vuelto á París escudados con el manto oficial de algunas comisiones. Todos ellos espresaban un entusiasmo eléctrico por el general en jefe del ejército de Levante. Pero el último, el que acababa de entrar en la capital, el capitán Raimundo, llegaba precisamente en los mas críticos momentos. Por otra parte, la sagacidad de Barras no le había engañado: aquel hombre que solo afectaba el exterior de un soldado de fortuna, ocultaba una distinción sospechosa, distinción debida tal vez al talento, ó acaso á su posición social. Raimundo era, sin la menor duda, un nombre muy democrático, pero ¿no servía por ventura de cubierta, por decirlo así, á otro nombre mas pulcro y de origen ilustre? ¿Quién aseguraba á Barras (al vizconde Barras, buen voto en asuntos de aristocracia) que aquel oficial no era el ministro acreditado del gran capitán, cerca del partido reaccionario y siempre poderoso, el partido de la nobleza francesa?

Así pues, el ciudadano Director, después de maduras reflexiones, se había decidido á despejar la incógnita del misterio que sospechaba debía existir: para conseguirlo había echado mano de un medio que le parecía soberano é infalible en sus consecuencias.

Solo en el gabinete, donde le hemos dejado, escribía en su mesa de despacho. El traje que vestía era como siempre del mejor gusto, es decir, sencillo: levita ancha y azul con botones dorados, abrochada de modo que dejase ver la riquísima pechera de encaje de la camisa; corbata blanca, alta, en línea curva, cuya mayor altura descansaba entre el óvalo que forman las mejillas con la barba; puños de fino punto inglés que caían sobre las manos; botas de campana, cuyo brillo resaltaba sobre el fondo mate de un pantalón ajustado de casimir, que descubría las bellas formas de Barras. Su peinado no había sufrido la menor variación: tenía el cabello ligeramente empolvado, y sus largas madejas se unían hácia atrás, formando espirales, en una cinta de muaré; su coleta era aristocrática por excelencia.

Abrióse la puerta del gabinete, y el ujier de servicio, con medias de seda y cadena de oro al cuello, apareció en el dintel.

—¿Es ella? preguntó el Director.

El ujier hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Que entre, y no introduzcáis después mas que á la persona cuyo nombre se os ha dado.

Retiróse el ujier: á los pocos momentos se presentaba en el gabinete del Presidente del Directorio una joven alta y hermosa. Barras se levantó, y cogiéndola de la mano, la dijo:

—Venid, bella Aspasia, venid y sentaos en este sofá. Tenemos que hablar mucho, pero ¡Dios mio! cuán divina y arrebatadora estais esta noche... ¡Qué traje! ¡Representais por ventura esta noche?

—¡Yo! contestó la beldad; no por cierto; me he vestido á la moda. Pensaba en efecto haberme presentado esta noche en la Opera, pero en mi palco.

—¿Y me sacrificais ese placer, hechicera Aspasia?

—Sí, gran Pericles, repuso la joven, enseñando al sonreírse los mas preciosos dientes del mundo.

—¡Ah! sí, Pericles! añadió Barras. Y á la verdad ¿por qué no?

La que acababa de sentarse en el sofá no era la ateniense Aspasia, pero debía parecerse mucho á ella aquella noche, por su perfil griego, por sus ardientes miradas y por la corona de verbenas naturales que rodeaba su poblada y negra cabellera, así como por la túnica sujeta en el hombro con un camafeo; túnica de graciosos pliegues, que le bajaba hasta los pies, aunque abierta hasta la rodilla izquierda, y de una tela tan transparente, que la vista adivinaba desde luego el color blanco y rosado, como también los contornos de tan perfecto modelo. Aquella muger era francesa y se llamaba Coraly. Su calzado consistía en unas sandalias escotadas de Corinto, iguales á las de las estatuas griegas, que admiramos en los Museos: sus brazos, desnudos hasta los hombros, ostentaban en las muñecas gruesos braceletes de rubíes y de camafeos de ágata.

—Es decir, observó Barras, que las hermosuras de moda se presentan decididamente en público con ese traje antiguo. Parecerán estatuas de mármol andando.

—Sabed, repuso Coraly, que hasta ahora solo tres mugeres se atreven á salir así.

—Ya lo creo, objetó el galante y erudito Director: no á todos es permitido ir á Corinto: *Non licet omnibus adire*.

—¿Con latines me venís, señor vizconde? exclamó Coraly riéndose á carcajadas. Hablais como un cura.

—Como el abate Sieyes, señorita...

—¡Bribon! murmuró Coraly irónicamente; pues bien como un obispo...

—¡Ah! sí; como Talleyrand, porque el clero secularizado abunda en nuestro olimpo político.

—¿Qué cruel sois! Pero se me olvidaba que teneis que hablar: vamos, ya escuchad.

Entonces cogió el Director un magnífico ramillete que adornaba la chimenea en un jarro de porcelana de Sevres, y lo puso en las manos de Coraly, que preguntó admirada:

—¿Lo habeis encargado á las Floridas?

—Para vos, ilustre ninfa. Ese ramillete es un símbolo, y os esplica de antemano que debeis cumplir una misión encantadora y maravillosa.

—Nada comprendo todavía, contestó Coraly, aspirando el perfume de las flores; pero esta fragancia viene sin duda del empero.

—Señorita, escuchadme bien, y procurad seguir á la letra el plan que voy á trazaros.

—¿Se conspira contra la República, ciudadano?

—O contra el Directorio.

—¡Ah! Eso es mas grave, señor vizconde.

Barras volvió su sillón para examinar de frente el mas bello rostro del mundo. Coraly se preparaba á escucharle con la firme resolución de no dormirse; pero como la conversación tuvo lugar á media voz, y como por otra parte siempre permaneció al abrigo de toda indiscreción, nos vemos obligados á confesar que nos es de todo punto imposible reproducir aquí la mas mínima parte de ella. Solo diremos que la

señorita Coraly, muy atenta al principio, muy sorprendida después, acabó por mostrarse hechizada; de lo cual deduciremos que el ciudadano vizconde debió terminar su homilía con las flores de retórica mas eficaces y apasionadas. Nadie poseía como él el formulario galante de la antigua corte y el apéndice seductor del nuevo régimen.

La conclusión fué que Coraly ofreció representar con todos los recursos de su arte el papel de que se encargaba, é hizo esperar que conseguiría un éxito completo.

Faltaba un personaje y llegaba en aquel momento á la antecámara del pequeño Luxemburgo. Iba á dar principio una comedia entre tres actores: coloquémonos en las lunetas.

### CAPÍTULO III.

Comedia entre tres actores.

El ujier de servicio anunció al capitán Raimundo. El Director dijo entonces á Coraly:

—Por conclusion; sabreis su verdadero nombre, su pasado y el objeto de su misión en París.

No bien pronunció estas palabras, cuando el capitán se presentó en el gabinete.

—¡Dios mio! ¡Qué hermoso es! exclamó Coraly en un arranque de entusiasta franqueza ó afectando una sorpresa espontánea.

En efecto, el capitán Raimundo, que en todo tiempo podía pasar por un *apuesto caballero*, según la espresión de la época, revelaba aquella noche, con su animación y su elegancia, toda la distinción de su cuna. Los señores Lessage y Saint-Georges habían convertido á nuestro oficial en un *pe-timetre* de primer orden, pero no le habían dado las nobles maneras ni las intrépidas miradas que Raimundo debía á la naturaleza y á sus costumbres marciales. Por lo demás, debemos consignar aquí un principio, y es que si el *hábito no hace al monje*, lo adorna mucho. El capitán llevaba frac verde de riguroso corte, chaleco de seda bordado de plata en los ribetes, calzón corto de casimir riquísimo, medias de seda de un blanco trasparente, y zapatos escarpines con lazos de oro. Tenía en la mano un sombrero ligero, que no podía comprometer en manera alguna el orden simétrico y el buen gusto de su peinado.

Se adelantó hácia Barras, que le alargó la mano y lo llevó al sofá. Coraly, sin levantarse, se inclinaba con tanta gracia y dignidad, que el oficial dudó algunos instantes respecto al lugar que allí ocupaba la bella desconocida. Al saludarla, dirigió una rápida mirada al Director, y el semblante de este enteró á Raimundo de lo que deseaba saber.

—El capitán acaba de llegar de Egipto, señorita, dijo Barras, y os puede referir las *Mil y una noches*, porque ha visto maravillas.

—Aquí también las hay, observó Raimundo dirigiéndose á Coraly, que le dió las gracias con una mirada apasionada y ardiente.

—¡Oh! ¡Oh! Os prevengo, señorita, que es tan galante como valiente, y con esto queda dicho todo. Vamos, capitán; debeis estar cansado, y por eso os he invitado á una cena de confianza, como la que un general puede ofrecer á su ayudante.

—Me honrais en extremo, mi general, contestó Raimundo, quien pudo al fin evitar, sin comprometerse, la palabra *ciudadano*.

Eran las diez de la noche, y el mayordomo de semana apareció en el dintel de la puerta, en traje negro y con espada, diciendo:

—El señor Director está servido.

—Estais servida, señorita, añadió el vizconde. Vamos, capitán, ofreced vuestra mano...

El oficial puso su sombrero debajo del brazo y se acercó á Coraly, que se levantó esbelta y armoniosa como una Musa, se apoyó ligeramente en el brazo derecho del capitán y pasó con él al comedor. Era un saloncito ovalado, cuya única ventana, á la sazón abierta, daba al jardín. La noche estaba magnífica.

Barras siguió los pasos de la joven pareja como un buen tutor.

La mesa era redonda y se veía iluminada por un riquísimo candelabro de plata sobredorada, que se elevaba en el centro. En mesa redonda no hay sitio de preferencia. ¿Significará esto que Dios, al dar al mundo una forma esférica, quiso establecer la igualdad? Ardua cuestion es esta, pero dejaremos que la resuelva el primer lógico á quien caiga entre manos.

Colocada Coraly enfrente de la ventana, podía aspirar á su sabor la odorífera brisa del jardín: á su derecha se hallaba el Director, que hacia los honores, y el oficial al lado del corazón. El mayordomo de semana trinchaba sobre un bufete inmediato y ponía los manjares en la mesa; tres lacayos (con permiso de los republicanos, á quienes parezca facciosa esta palabra) ataviados de libreas azules con pasamanos encarnados y de oro, servían á los gastrónomos.

—Capitán, dijo Barras ¿habeis comido en Egipto mucho arroz con azafran? Ahí teneis un pavo á la turca, que os recomiendo.

—Es una felicidad, observó Coraly, haber recorrido ese magnífico territorio de Levante: tengo formada una idea verdaderamente fantástica de tan bello país.

(Continuará.)

## EL DESIERTO,

por Arago.

VII.

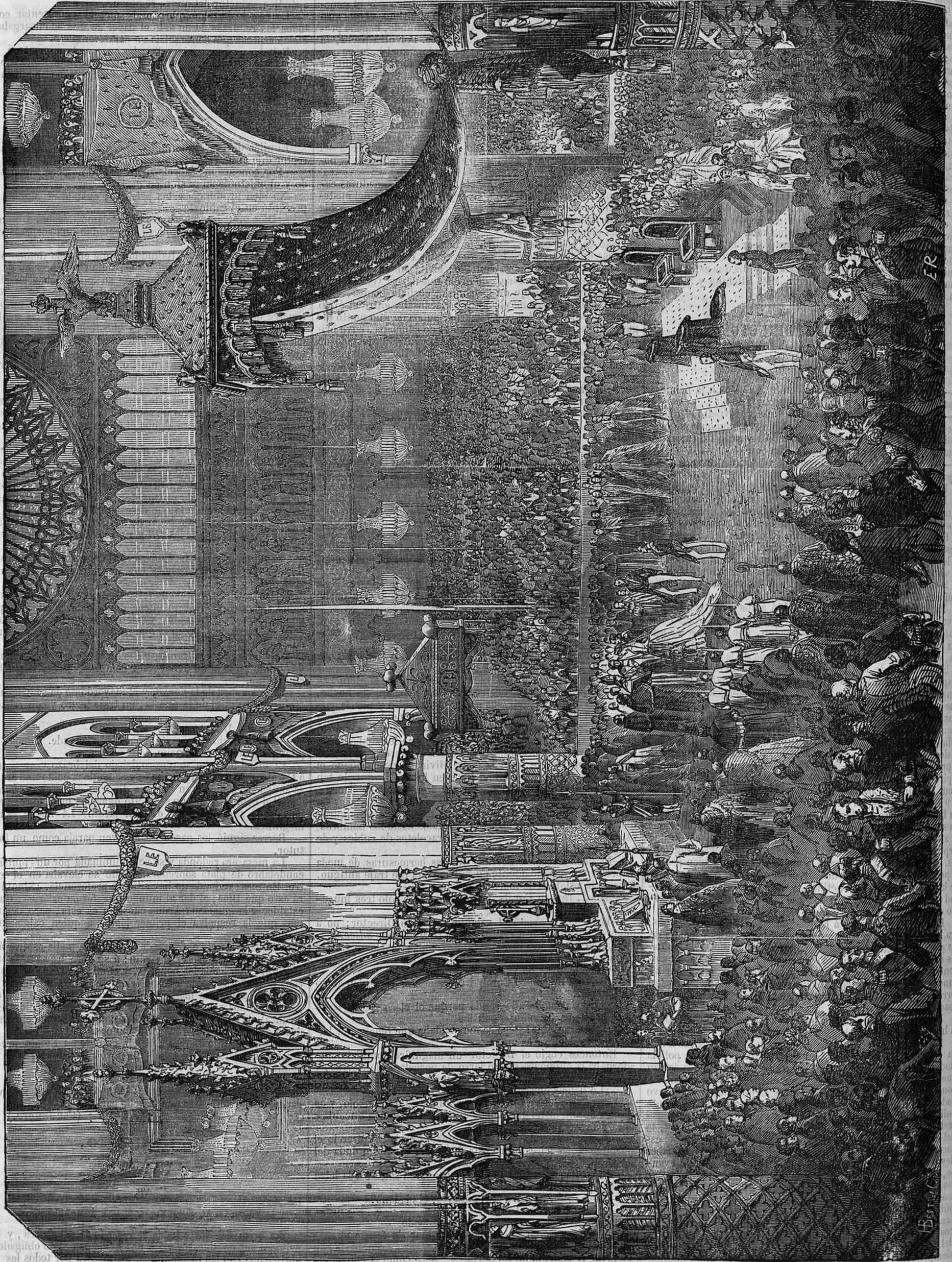
PROSIGUE EL SIMOUN.—LLEGADA Á MARRUECOS.

La brisa del Norte había refrescado la atmósfera, y por primera vez en nuestro viaje nos habíamos visto obligados á abrigarnos con las mantas: aspirábamos ya por todos los poros una temperatura que nos anunciaba la proximidad de las costas del Mediterráneo. Felicítámonos pues por un viaje que podíamos considerar como felicísimo, supuesto que pocas víctimas habían sucumbido en él, y sin embargo, los jefes de

la caravana se hablaban con inquietud en voz baja y dirigian continuamente la vista al cielo para estudiar sus misterios. Los pajaros pasaban sobre nuestras cabezas con increíble

Las estrellas proseguian brillando, sin haber perdido un átomo de sus resplandores; el horizonte aparecia mucho mas claro que antes; el último rayo de la luna se ocultaba entre

Llegó el día y todo cambió para nosotros: los caballos y los dromedarios volvieron caras hácia el Oeste y comenzaron á andar, como si un fuego subterráneo les abrasase.



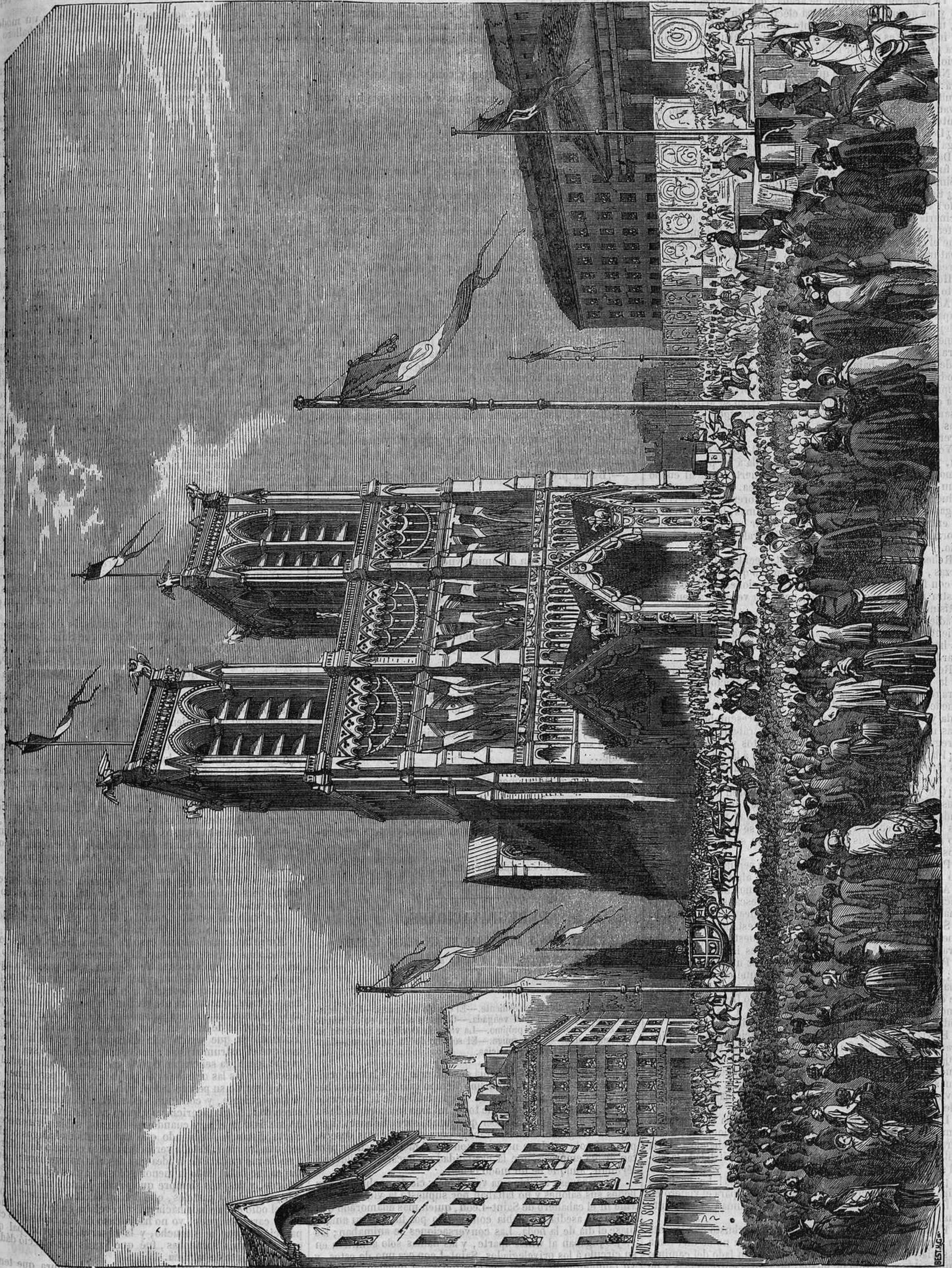
Interior de Nuestra Señora de Paris en el acto del casamiento religioso de Napoleón.

velocidad, lanzando chillidos de espanto; todos seguian la misma direccion, y era fácil comprender que algun peligro terrible les amenazaba en el espacio.

diáfanos vapores, y la brisa perfumada soplabá con encantadora regularidad. ¡Ah! Aquel era el silencio del reptil, interrumpido por los desesperados gritos de la victima.

¡El Simoun! ¡El Simoun! ¡El Simoun! Estas voces resonaron en la caravana, como una sentencia de destruccion y de muerte.

El sol se eleva, sube, se ensancha y parece que se des-  
 tiene: es un inmenso disco, en el cual pueden fijarse nues-  
 tras pupilas sin abrasarse: su masa se muestra de color de  
 azules, y en su parte inferior presenta crestas agudas y fantás-  
 atraviesan la atmósfera en una tarde calurosa de verano.  
 A su alrededor se mueven zonas de color violado y de  
 cuyos tenebrosos flancos encadenan al huracan pronto á es-  
 caparse. Por fin los abre, el grande astro se vela, el horizon-  
 te se oscurece y estrecha, el cielo se abrasa, tiembla la tierra



Vista exterior de Nuestra Señora de París, en el acto de llegar la comitiva para el casamiento religioso de Napoleón.

fuego y moteada por infinitos puntos menos encendidos: crú-  
 zana también líneas irregulares, formando caprichosas gre-  
 cas, semejantes á esos relámpagos blancos y rápidos que  
 ticas, ardientes como hornillos, que nadan en un océano  
 de fuego, abismándose á cada instante en sus profundidades.  
 Esas amenazadoras asperezas son las masas vesiculares,  
 y el alud se precipita semejante al aerólito: todo lo invade,  
 sus aspiraciones arrasan las colinas y destruye los grandes  
 vegetales que va amontonando en su carrera de gigante. Des-

pués llena los valles, cambia la faz del terreno, barriéndolo y ahondándolo, y se convierte en un poder dominador, imperioso y despota; todo cede, todo se doblega á sus furiosos, que nada perdonan, que se rien de las lágrimas producidas por el terror, y de la desesperacion de la agonía.

Ya llega con su cortejo de arena, que destroza los cuerpos y los quema como la chispa eléctrica. Su voz es un silbido, un grito siniestro; su aliento un olor de azufre que sofoca; imposible es esperarlo frente á frente, y al que se arrodilla para presentarle menor bulto... ¡Ah! la arena le sirve de sudario.

Nuestra caravana cree que ha llegado para todos la última hora: los cuadrúpedos lo presienten y piafan para no verse sepultados en vida; se estrechan unos contra otros y se van elevando insensiblemente, porque buscan por instinto los montes que forma la arena á su alrededor.

¿Dónde están las tiendas, las provisiones y los caballos de carga? ¿Dónde los hombres que han osado desafiar la cólera del Desierto? Buscad y hallareis á algunos, pero aniquilados, sin fuerzas, sin energía, sin esperanza; eso consiste en que el Simoun devastador no ha desplegado aun toda su rabia.

¿Es de día? ¿Ha llegado ya la noche? ¿Qué importa saberlo? Todos los ojos están cerrados, pues de lo contrario los calcinaria la arena. Entre tanto el huracán se arremolina, serpentea y sacude su negra cabellera, esperando la inmovilidad á que el cielo le ha condenado. En tan espantoso trastorno de la naturaleza, no hay mas remedio que cruzarse de brazos, entregarse en brazos de la Providencia y orar.

Huyó por fin lejos de nosotros el implacable viento del Desierto, y... contamos las personas que quedaban en la caravana. Aquello fué una desolacion: casi todos los negros habían desaparecido entre el torbellino; seis árabes cubiertos de arena dejaban ver sus puños crispados por el dolor. Además, dos dromedarios y cuatro de los mas briosos caballos yacían por tierra y no daban la menor señal de vida. Las tiendas estaban donde el Simoun había querido dejarlas; no volvimos á ver los odres ni las provisiones, y el camello que hasta entonces siempre había abierto la marcha, se encabrió poco después de la catástrofe, é impulsado por un vértigo se arrojó impetuosamente hácia el Desierto, sin que la trompeta, cuyos sonidos estaba acostumbrado á obedecer, lograra detener su carrera.

Yo tuve la precaucion de cubrirme el rostro con una careta, y solo debí la conservacion de mi vida á mi presencia de ánimo y al cuidado que tuve de asirme fuertemente al cuello de un camello, cuyo pecho me resguardaba. Pero me encontré luego con el cuerpo destrozado de dolores, y si la terrible ráfaga hubiera durado algunos instantes mas, hubiera tenido que entregarme á ella, y no podría referir hoy los fenómenos devoradores de esa parte del Africa Central, tan digna de estudio.

Rehecha por fin la caravana, restablecidos el orden y las fuerzas, merced á la calma, pues Dios no quiere que se repitan con frecuencia tan tremendas desolaciones, enderezamos nuestra marcha hácia el norte; pero era verdaderamente un tristísimo espectáculo el que ofrecimos.

Nadie hablaba; nuestras miradas eran tristes, nuestros movimientos carecian de animacion. El huracán había durado seis horas, y acabábase de recorrer quince leguas sufriendo los ardores de un sol resplandeciente.

Respiramos por la noche, y al dia siguiente nos pareció que la naturaleza mudaba de aspecto. En efecto, una brisa ligera refrescaba nuestras frentes, y el rocío de la noche había humedecido la superficie del suelo. La arena era tambien mas sólida y abrasaba menos; los pájaros se presentaban en bandadas numerosas, y reconocimos que entráramos en la zona pedregosa, que precede á la de los arbustos y las yerbas.

¡Placer inesperado! El Desierto queda á la espalda; lo hemos atravesado y no tememos al Simoun ni á las fieras; tampoco nos matará la sed.

¡Qué naturaleza tan majestuosa descubren nuestras miradas! El paisaje es magnífico, sublime, inmenso; se estiende, se embellece á cada paso con nuevas riquezas y con mas brillantes colores, y allá á lo lejos, se descubre el mar, otro desierto, con sus olas irritadas, con sus buques sepultados y con sus chubascos destructores.

Pero ya veis que el Desierto no es un sepulcro para todos, sino una recompensa y un consuelo para algunos.

Apresuramos la marcha; ya no sentimos hambre ni cansancio, porque se acerca el instante de descansar de nuestras penalidades y fatigas... Un paso mas y se desvanece la ilusion.

¡Sí; ilusion óptica del Desierto... Aun estamos en él, y las nubes nos presentan, para burlarse de nuestra desgracia, las maravillas soñadas por nuestras delirantes imaginaciones.

Pero los camellos reanimaron otra vez nuestras esperanzas; bramaban por intervalos, al paso que en el centro del Sahara permanecian silenciosos y tristes: pensáramos pues que debiamos abandonar pronto el solitario Desierto, y que la tranquilidad y la calma iban á reemplazar á los tormentos y cuidados que hasta allí nos habían perseguido.

El viajero no desdeña el menor indicio cuando camina errante por la tierra. En el Sahara, las arenas tienen su lenguaje y su significacion; el cielo nos enseña con sus predicciones y sus advertencias irrecusables; y cuando el aire y las arenas guardan silencio, el dromedario toma la palabra, y sus movimientos vivos ó pesados son una señal fija de esperanza ó de desolacion.

La duda es ya imposible, porque tocamos la realidad. Entramos en el mundo habitado: vamos á ver hombres, casas cerradas, el estado salvaje, el despotismo luchando todavía contra la civilizacion: pero aquello es la hospitalidad, la virtud santa de los primeros pueblos de la tierra.

¡Un arbusto!... ¡Cielos!... ¡Qué hermoso! La espinosa ortiga, á la salida del Desierto, se convierte para el viajero en un fresco ramillete de jazmines, que perfuman el ambiente de un pensil delicioso.

El paisaje se enriquece... ya no es un arbusto que levanta con orgullo sus hojas una vara del suelo; ya no es una rama sin savia y sin color, que yace olvidada á un lado del camino: es una estensa cortina de olivos, de ramas entrelazadas y de troncos nudosos; es un ejército de palmeras, que elevan majestuosamente sus bellísimos penachos; es un claro riachuelo que las alimenta; una mariposa que revolotea entre los arbustos; una golondrina que cruza rápida los aires... Allí está

el bullicio, esa eterna música del mundo, con su poesía, su embriaguez y su delirio.

¡Silencio! Un grito ha llegado hasta nosotros, y los camellos han respondido á él; tambien los caballos relinchan y la caravana entona su cántico de júbilo:

¡Alá! ¡Alá! ¡Alá!

¡Dios del cielo y de la tierra! exclamé entusiasmado: yo te bendigo y te doy gracias por tu misericordia.

Acabáramos de entrar en el imperio de Marruecos.

Plantaciones regulares, casas, pueblos... El dominio del hombre.

Nos siguen, nos preguntan y compadecen nuestros trabajos.

¡Insensatos! ¡Compadecer á unos viajeros que han atravesado el Desierto! Solo merecen piedad los que no lo han recorrido, los que no han contemplado sus terribles caprichos, los que no han temblado ante su amenazador silencio, los que no han oido las destructoras vibraciones del Simoun, huésped funesto del Africa Central, azote de Dios que castiga sin compasion, que ahoga y se mofa de los tormentos de la agonía.

La caravana se acampó en un espeso bosque, cuyas sinuosidades conocian la mayor parte de los camellos. Yo entré en la ciudad y me presenté al cónsul, quien me recibió muy atento. Al dia siguiente me apresuré á visitar á mis compañeros de viaje, y estreché las manos de dos árabes, entre los que había caminado constantemente por el Sahara.

Aquellos hombres infatigables y valientes, iban á partir para la Meca de allí á unos dias.

La Europa me parece muy prosaica, después de haber presenciado los grandes cuadros del Desierto.

Dos dias después, un cañonazo del puerto me anunció la llegada de un buque europeo; acudí inmediatamente á saber noticias del país en que había dejado todas mis afecciones, todas mis esperanzas, una familia y una madre... No bien salí de la casa húmeda y baja que me servia de asilo, cuando sentí que me ponian la mano en el hombro, y una voz muy conocida me dijo:

—¡Alto ahí! Deteneos un momento para hablar conmigo.

—¿Eres tú, Juan? exclamé abrazando al valiente marinero.

—¿Cómo estás aquí?

—Estoy aquí porque estais vos, porque estoy en todas partes donde vos estais.

—¿De dónde vienes?

—Buena pregunta! De allá abajo... Del Desierto.

—¿Con mi caravana?

—O con la mía; con esos malditos árabes y sus negros, con el Simoun, con los chubascos, con la peste, con el Oasis y con los camellos, que tienen mas talento que nosotros, suponiendo que tengamos mucho. ¡Pues qué! ¿se os figura que podeis separaros de Juan como de un capote viejo? No, no y no... Juan se llamó un dia amigo vuestro; vos le dijisteis que lo erais suyo: lo demás corre de mi cuenta; y ahora tomad mi brazo y en marcha de grado ó por fuerza.

No pude contener las lágrimas al escuchar las palabras afectuosas de aquel intrépido mozo, cuya adhesion me era tan preciosa. Nos dirigimos al puerto, y me enteré de las astucias que había tenido que poner en juego para sustraerse á mi vista, durante el fatigoso viaje que habíamos hecho por el Sahara.

—¿Cuál es vuestro proyecto? me preguntó después.

—Enviarte á tu casa y proseguir mis viajes por el mundo.

—En primer lugar no tengo casa, y en segundo, si quereis ser un ingrato conmigo, yo no soy tan necio que me separe de vos.

—Bien, pero ahora me llama la América; una América que en nada se parece á la que ya hemos visitado; una América salvaje...

—Me conviene.

—Una América imponente por sus rocas y por sus cascadas...

—Me conviene.

—Pues bien; partiremos para Inglaterra y desde allí...

—Desde allí daremos la vuelta al mundo y luego volveremos á empezar.

—Sin separarnos ¿eh?

—Está dicho: ni en vida ni en muerte.

FIN DEL DESIERTO.

## PEREGRINACIONES,

ESCAPATORIAS Y AVENTURAS DE UN PERRO CARLIN,

ESCRITAS POR SU AMIGO MOUNOUTE.

### CAPITULO XI.

La marquesa no olvida lo del diente.—El círculo de damas.—Una indiscrecion.—Queda mi ama vengada.—Cómo se practica en el mundo la caridad para con el prójimo.—La viuda de Orville se convierte en enemiga mía.—Otro enemigo.—El sobrino de la marquesa.—Liga contra mí.—Latigazos y caricias.

Quince dias hacia que había descubierto yo el ladron oculto debajo de la cama, y el mismo tiempo que la marquesa había dejado su diente en uno de los pastelillos de la señora de Orville. Pues bien; á pesar de todo, mi ama se acordaba de su diente, y no tardé en conocer que nunca sería dichosa, si no lograba vengarse. Mucho trabajé para cumplir sus deseos, pero mi pobre cabeza no me inspiraba el menor recurso para tan árdua empresa, que la casualidad se encargó de llevar á término, aunque de un modo cruel.

La marquesa recibía una vez al mes: cierta noche se veían llenos sus salones y no faltaban por supuesto la viuda de Orville ni el caballero de Saint-Leon, quien mas enamorado que nunca, la asediaba y había conseguido por fin que su amada fijase el dia de la boda. Las conversaciones se animaban; los viejos jugaban al whist aparte, y las damas solo admitían en su círculo á los privilegiados. Saint-Leon era uno de estos, y yo tambien figuraba allí, porque todas me querian. No obstante las frases amistosas que cambiaban, se notaba entre mi ama y la de Orville una frialdad, que la última se empeñaba inútilmente en disimular á fuerza de cumplimientos cariñosos: ya he dicho que la primera no podía olvidar la aven-

tura del diente; pero bien porque la viuda tuviese algo que solicitar de la marquesa, bien porque en realidad estuviese inocente respecto al lance desagradable del pastelillo, lo cierto es que no sabia á qué santo encomendarse para obtener las buenas gracias de su enemiga, cuando casualmente reparó en mí.

—¡Hola! exclamó: aquí está Carnage, que es un modelo de fidelidad, y cuyo ejemplo ha jurado imitar el caballero de Saint-Leon.

—Así como sus lecciones, añadió este.

—Ven, hermoso, ven. ¿No sabeis, señoras, que este perro es un héroe, y que le debemos la conservacion de los preciosos dias de la marquesa? Quiero darle un beso, por el gran servicio que nos ha prestado.

Me llamó al decir esto, salté sobre sus rodillas, y cuando se inclinaba hácia mí para besarme, le pasé la lengua por la mejilla izquierda. La viuda se puso pálida al punto, mas solo por dicha mejilla, me echó al suelo irritada y no pudo disimular su confusion.

—¡Dios mio! ¿qué teneis? le preguntó mi ama, disimulando su contento. ¿Os habeis puesto mala? ¿Qué amarilla estais!

—Será por el lado izquierdo, observó una dama malignamente, porque por el otro ninguna novedad ofrece esta señora; la veo como siempre.

—¡Cielos! exclamó Saint-Leon estupefacto: esos colores tan hermosos son...

Pero la viuda no le dejó concluir la oracion, pues salió del círculo y á pocos minutos se oyó el ruido de su coche. ¡Pobre muger! Se pintaba para disimular el color amarillento de su tez, y mi lengua acababa de despojarla de su belleza.

Pero tambien mi lengua había vengado á mi ama.

La retirada de la viuda fué la señal de un tirotoe á discrecion contra sus marchitas gracias. Sus mas íntimas amigas, las que, pocos momentos antes la adoraban con el corazón, se burlaron de ella á banderas desplegadas; pero la que manifestó el placer mas vivo por el percañe de la fugitiva descolorida, fué, sin disputa, la marquesa, pues se veía vengada: seguro estoy de que dejó de darme mil besos, tan solo por la necesidad en que se hallaba de salvar las apariencias. En cuanto á Saint-Leon, debo decir que se alejó al punto del círculo de las damas, sin saber qué hacerse y deseando aprovechar una coyuntura para desaparecer del salon; pues conocia bien que iban á parar en él de rechazo todos los sarcasmos, como que era el futuro esposo de la viuda, y que el ridículo en que esta se había puesto, recaía en su persona. Se arrojó á la chimenea para dar á entender que nada oía, pero sin que se le escapase una sola palabra.

—Mirad, señoras, decía una de las damas: el caballero de Saint-Leon ha permitido que se marche sola la señora de Orville, lo cual me parece imperdonable, á no ser que su corazón haya seguido el ejemplo del rostro de la viuda.

—Vamos, replicaba otra; sed mas indulgente y haceos cargo de que Saint-Leon adoraba colores vivos y no sombras ni perfiles. ¿Qué ha de hacer el pobre en vista de que le han dado gato por liebre?

—No sé en verdad por qué os chancéis de esa manera, añadió la tercera, cuando se me figura que Saint-Leon estaba en el secreto. No ignorais que idolatra la pintura. ¿Es cierto, caballero de Saint-Leon? (Este hizo como que nada oía.) ¿Pero qué teneis?... ¡Ah! qué loca soy! No me acordaba de que no puede hablar en ausencia de la viuda.

Conociendo el caballero que su embarazo y confusion prestaban sobrada materia á la malignidad de aquellas damas, y deseando al mismo tiempo poner término á sus bacherías, se acercó á ellas.

—¡Ah! Por fin habrá encontrado algo que comunicarnos, dijo la última que había hablado.

—En efecto, señora, contestó Saint-Leon, he encontrado lo que buscaba... la resolucion de un problema que queria resolver... y lo he conseguido.

—¿De veras?... Espero que tendreis la bondad de participarnos vuestro descubrimiento.

—Con muchísimo gusto. Hé aquí el problema: suponiendo que se reuna cierto número de señoras, determinar la dosis de caridad que todas juntas pueden ofrecer al prójimo.

—Perfectamente... ¿Y el resultado?

—Cero, ó menos que cero, si es posible: lo siento mucho por las personas que me escuchan, pero tal es el resultado de mi operacion, advirtiéndole que soy buen matemático.

Diciendo así volvió la espalda, dió un paseo por el salon, y se retiró cuando creyó que nadie le observaba.

Entre tanto nadie hacía caso de mí en medio de las conversaciones que se cruzaban, á pesar de que había sido el principal actor en la escena de la viuda, y de que debía aquel suceso atraer funestísimas consecuencias para mi pobre pelleja. Desde entonces contaba con una enemiga implacable, desesperada, que nunca me perdonó la osadía de haber aplicado mi lengua á su arrugado rostro. Hacia recaer en mí las consecuencias de la casualidad, pues la casualidad fué efectivamente la que vengó á la marquesa, y yo no había sido mas que el instrumento de aquella venganza. Pero sea de esto lo que fuere, la señora de Orville me juró un odio mortal, y buscaba todas las ocasiones de perjudicarme y perderme.

A pesar de su pesado lance, volvió al hôtel de la marquesa al dia siguiente, y continuó sus visitas habituales. Afectaba serenidad, fingia acariciarme, pero mi instinto me decía que no me fiase de ella, y cuando me llamaba sabia permanecer á cierta distancia, temiendo que sus mentidos halagos ocultasen una traicion. Estaba verdaderamente cercado de peligros, y nadie me quitará de la idea que deseaba envenenarme, pues nunca me había dado la menor golosina antes del lance de los colores, y después siempre que pasaba junto á mí en la antecámara, me echaba pasteles, que debían ocultar la muerte, porque el odio de la viuda hácia mí se revelaba en todas las líneas de su cara. Así pues, yo no hacía caso de sus regalos, lo cual parecia incomodarle mucho, y la observacion principal que corroboró mis sospechas, fué que jamás me ofreció dádiva alguna delante de mi ama.

No soy mas que un perro, pero se me figura que tengo mas perspicacia que muchos hombres, y me aconsejaba mi instinto que desconfiase de aquella muger.

Como si no tuviese bastante con un enemigo, la suerte me proporcionó otro, casi por aquel mismo tiempo y sin que

yo me lo persuadiese. Todavía no he hablado de un sobrino que tenía la marquesa: esta no tenía hijos, era viuda, no pensaba en volverse á casar, y por consiguiente el señorito Emilio era quien debía heredar algún día su inmensa fortuna. Pasaba por muy elegante, y aun oí decir á mi ama, aunque sin comprender la palabra, que podía aspirar á *leon*. No sé qué semejanza podría existir entre un *leon* y el señorito Emilio; pero el hecho es que eso decían. Por lo demás acompañaba á su tía á paseo, cuando iba á pie á las Tullerías y al Luxemburgo; y como ella temía que me sucediese algún percance cuando se acercaban muchos carruajes juntos, mandaba á su sobrino que me tomase en brazos, cosa que él no podía negarle, pero que le sofocaba visiblemente.

Cierta día que íbamos á las Tullerías, la tía y el sobrino á pie y yo á patas, ordenó la marquesa al señorito Emilio que me cogiese, porque había muchos coches en la subida del Puente-Real. Hizolo así él, aunque refunfuñando según costumbre; pero cuando nos encontramos en medio del puente, una elegante carretela de alquiler, uno de esos carruajes que los criados del hotel llamaban por desprecio *locati*, pasó junto á nosotros y una de las dos mugeres que en él iban exclamó:

—¡Ah! Mira, mira á Emilio con un perro en brazos. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

Las dos mugeres siguieron riéndose largo trecho á carcajada suelta. Emilio se puso como la grana y me arrojó al suelo lleno de ira.

—¿Qué es eso, Emilio? ¿Por qué te desprendes así del pobre Carnage? le preguntó mi ama.

—Pero, tía, le respondió Emilio fuera de sí, ¿no veis cómo se rien de mí porque llevo en brazos á un perro? No quiero ponerme en evidencia de ese modo.

—Es decir, sobrino, que no quieres volver á salir conmigo. Perfectamente; no lo olvidaré.

Y la marquesa empezó á refunfuñar, pero Emilio que pensó tal vez, en aquel instante en la herencia de la marquesa, volvió á cogerme del suelo diciendo:

—¡Ah, tía mía! Por pasearme á vuestro lado y acompañaros, no hay cosa que deje yo de hacer.

Pero también me aborreció desde entonces. Después he sabido que las dos mugeres de la carretela eran bailarinas del teatro de la Opera, que el señorito Emilio frecuentaba mucho los bastidores, y que en ellos había tenido que aguantar una granizada de burlas y de zumbas pesadas por haberse convertido, según le dijeron, en niñera de perros. El *leon* sofocado no perdonó ocasión de maltratarme y de ser para mí un ente insufrible. Suele acontecer que las personas animadas de iguales sentimientos y del mismo interés procuran unirse, y esto fué precisamente lo que sucedió entre la señora de Orville y el señorito Emilio: formaron pues liga ofensiva contra mí.

Un día que se encontraron en el salón de la marquesa, á la cual esperaban, les oí la conversacion siguiente, que me tocaba de cerca.

—No os sentéis ahí, Emilio, dijo la dama de los colores postizos, porque ese picaro Carnage ha estado en ese sillón y lo habrá llenado de pelos.

—Maldito animal, respondió el señorito; en todas partes se encuentra.

—En efecto; esa buena marquesa le mima de un modo bastante ridiculo. ¿Sabéis que en la alta sociedad se burlan de su pasión á ese favorito? Al fin es un animal poco agradable.

—Sería preciso tratar de convencer á mi tía...

—De que no puede conservar un perro tan incómodo sin ponerse en berlina.

—Eso mismo iba á decir...

—Y yo se lo repetiré á la buena marquesa en cuanto salga: me apoyareis, Emilio, y estoy segura de que nos comprenderá!

Al llegar aquí el diálogo se presentó la marquesa, y la señora de Orville combatió abiertamente mi crédito prestando que yo era molesto, que oía mal, y que, por último, no debía permanecer en el hotel, so pena de incurrir mi ama en el mas declarado ridiculo.

—Querida mía, replicó esta, yo soy filósofa y me rio altamente del qué dirán: respecto á mis amigos... bien pueden dimitirme que tenga ese capricho... si es que son verdaderamente mis amigos.

—Sin embargo, tía mía, observó Emilio, os aseguro que los defectos de Carnage son enormes.

—Si, y el mayor de ellos consiste en que necesita á veces lo lleven en brazos, ¿no es verdad?

El señorito se quedó cortado, pero la viuda replicó al punto: —Vamos, amiga mía; el cariño que teneis á ese perro os ciega, pues de lo contrario conoceriais que tiene costumbres muy desagradables.

—Y sobre todas la de lamer el rostro, ¿no es cierto?

La señora de Orville no replicó, y ya no volvieron á hablar de mí; pero el odio de mis enemigos se aumentó visiblemente por el mal resultado de sus intrigas. Emilio me cogió tal ojeriza que me desvendaba el cuerpo á puntapiés y á palos siempre que me encontraba solo.

Si acudía alguno á mis chillidos, decía con la mayor serenidad:

—¡Pobrecillo Carnage! le he pisado inadvertidamente una pata. ¡Qué torpe soy!

¡Cobarde! ¡Maltratarme á mí, que ninguna ofensa le había hecho, y unir la mentira á la cobardía! Cuando estábamos en el salón al lado de la marquesa me colaba de caricias. ¡Hipócrita!

Yo estaba furioso contra él y le aborrecía tanto como él me detestaba: necesitaba pues vengarme; esta era mi idea fija, y en ella pensaba de día y de noche.

Ya veremos pronto que las palizas y los latigazos del señorito Emilio produjeron su fruto, y se reconocerá la verdad de este axioma: hay una providencia para los perros... como para todos los animales.

(Continuará.)

#### CUATRO PALABRAS SOBRE CUATRO COSAS.

Eran las tres de la tarde de un día de enero, y corrían los primeros años de la segunda mitad del siglo XIX. El cielo, encapotado y nebuloso, anunciaba un próximo aguacero, que

no sería sino la continuacion del de el día anterior, lo cual no deja de ser censurado con frecuencia por los que en el verano se quejan de que haga calor, y en el invierno de que nieve, llueva ó hiele.

Á la sazón un joven llamaba á la campanilla de un cuarto principal en la calle Mayor. Le abrieron, y sin hablar palabra se entró como Pedro por su casa en un gabinete elegantito, con su correspondiente alfombra y chimenea, pero dejándose conocer que el que lo ocupaba era y no era su dueño, porque era un huésped, aunque pagaba religiosamente su hospedaje.

—Adios, Pepe, exclamó el que venia de la calle, poniendo el sombrero sobre una silla.

—Adios, Luis, respondió el amigo alargándole la mano, que aquel estrechó cordialmente entre las suyas.

Antes de oír lo que hablaron (y entre parentesis, no me pregunte el lector cómo ha llegado á mi noticia), bueno será que indique algo de sus personas. El que había llegado, como ya hemos oido, se llamaba Luis, era bajo, delgado, sobre todo sus piernas que parecían de alambre; tendria sobre veinte años; su vestido elegante aunque con afectacion, y sus palabras como su vestido, limpias, finas y un *si es no es* algo afectadas. Se me olvidaba decir que llevaba partido el cabello por la mitad, dándole un aire encantador de angelote bonito, y que los veinte pelos, á pelo por año, que él llamaba patillas, los tenía rizados á canutillo. Parecía el tipo del elegante de paseo y del afortunado en las sociedades, entre las aficionadas á secretitos, y las mejores bailarinas de polka. Su amigo Pepe era también joven, pues apenas llevaria á Luis tres ó cuatro años de edad; era también elegante y fino, y sin embargo no se le parecía en nada. Su frente despejada, su mirada dulce y penetrante, sus bigotes claros y ligeramente retorcidos sin auxilio de cosmético, cierta extraña mezcla que en su rostro se veía de languidez y fogosidad, de pena y de alegría, de orgullo y de modestia, y una leve sonrisa de melancolía que vagaba constantemente por sus labios, le daban un carácter propio que le separaba notablemente de lo vulgar. Basta de retratos y oigamos su conversacion.

—Acaba de vestirme (pues aun tenía puesta la bata), y nos iremos á paseo, repuso Luis hundiéndose en una butaca que arrojó á la encendida chimenea sucesora de nuestros tradicionales braseros.

—¿Sabes qué pensaba? replicó su amigo Pepe. La tarde está amenazando ruina y con un venticello que corta. El Prado estará desierto, y apenas habrá una hermosa que por hoy no falte con gusto á su acostumbrado paseo. Si te parece quedémonos al amor del fuego, consagremos la tarde á la amistad, y digamos *cuatro palabras sobre cuatro cosas*, que muchas hay sobre las que se pueden decir mas de cuatro y mas de ocho.

—Convenido, contestó Luis. Agradezco tu indicacion, pues tampoco tenía gran deseo de pasear hoy, y de todos modos prefiero tu buena compañía á los placeres que pudiera hallar en otra parte.

—Agradeciendo, exclamó Pepe con una profunda y exagerada cortesía, y se sentó frente á Luis en la butaca que se hallaba al otro ángulo de la chimenea. Echó en esta un refuerzo de encina, removió las ardientes brasas, y quedaron embutidos en sus respectivos asientos mirándose en mutuo silencio por un rato.

A poco le rompió Luis, diciendo:

—¿Vas mañana al baile que prepara la condesa?

—Estoy anunciado hace mas de un año, y aun no ha llegado la noche de ir. No tengo ningun grande interés, y me es indiferente ir hoy ó mañana.

—Hace tiempo he observado, repuso Luis, que la *indiferencia* es la ley de tu vida. Y esto en un joven de buena figura, rico, de talento y posición independiente como á ti te sucede, es por demás extraño, parece hasta raro y estravagante.

—Creo lo mismo que tú. Creo que de cien jóvenes que hablan de fastidio y de indiferencia, los noventa y nueve lo hacen porque no pueden hablar de otra cosa. Si yo dijera, como dice la mayor parte sin saber lo que dice, que había perdido mis ilusiones, que todo me era indiferente, no haria otra cosa que repetir por la mil millonésima vez la misma necesidad. Cuando Byron dijo: «¿Qué es la vida? Un soplo, un poco de amor y de vino, un poco de ambicion y de gloria, quizás un nombre»; cuando Larra afirmaba «que todas las verdades del universo se podían encerrar en un papel de cigarro»; cuando hace dos siglos La Bruyère decía «que es necesario reír antes de ser dichoso por miedo de morir sin haber reído»; cuando Calderon se atrevió á decir á los inquisidores «que la vida es sueño», si el mundo no fuera como Dios lo ha hecho y sí como quisieran aquellos señores, habrían dicho una gran cosa; pero siendo como es, como siempre será, y como siempre ha sido, han lanzado con sus palabras un dardo contra el corazón de la sociedad, han hecho lo peor que podían hacer, que es dar á los tontos la disculpa de sus tonterías.

—Si no te esplicas, confieso que no te entiendo. Por un lado confiesas tu delito y por otro anatematizas á los que dicen lo que tú.

—Me explicaré. Es verdad que por ahora pocas son las cosas que escitan fuertemente mi interés, es verdad que la *indiferencia* reina en mi corazón; pero este estado no es el verdadero, no es el que perpetuamente me ha de regir. Es solo una tregua de mi alma, á manera de las que ajustaban en lo antiguo moros y cristianos, mientras llegaba la primavera, contentándose entre tanto con alguna algarada ó sorpresa como las de Zahara ó Alhama. Porque tengo mucha confianza en mí es por lo que comprendo que aun no sonó mi hora; porque tengo fé en lo porvenir es por lo que lo espero con tranquilidad. Muchos se enamoran de lo que son; yo lo estoy de lo que seré; para muchos solo tiene interés lo presente; para mí lo tiene solamente lo futuro.

—Comprendido, caro Pepe. Veo que tienes mas fé en tus esperanzas, que Colon en sus proyectos de descubrimiento de otro mundo. Hace tiempo que tenía alta idea de tu capacidad, pero no presumia tuvieras cualidades de héroe.

—Por Dios, querido Luis... y se sonrió Pepe coloreándose fuertemente sus mejillas.

—No puedes figurarte cuánto es el placer que tengo escuchando tus discretas observaciones.

—Entreteniéndolo tarde y delirando un poco.

—Y dime, ¿cómo no publicas alguno de los escritos que

en otras ocasiones te has dignado leerme en confianza? ¿Debe ser tan satisfactoria la consideracion que los demás rinden al hombre de talento!

—¡El talento!... ¡Que publique mis escritos! ¡Pobre de mí!

—Si señor, para que reverencien tu inteligencia.

—Para que la escarnezcan. Los hombres solo dan su consideracion ó á la fuerza ó por burla; los hombres solo aplauden ó por miedo ó por desprecio, y yo no soy aun bastante para que me respeten, y soy ya demasiado para que me desprecien.

—Pero si tú les probaras de lo que puedes ser capaz.

—Nada de eso. A ninguno se le disputa una cosa hasta que se empeña en probarla, á ninguno se le niega el talento hasta que pretende demostrarlo. Habla en una mesa de café un cualquiera que apenas sabe qué es gramática, y todos dan asenso á sus palabras. Habla otro que ha demostrado que sabe tal vez mas que los que le escuchan, y apenas hay uno que no trate de negarle lo que dice.

—Eso es en la apariencia, pero de buena fé...

—De buena fé todos se creen superiores á él. Nada cuesta tanto al hombre como admitir lo que á su parecer le rebaja. Casi todos concedemos de plano lo que dice un necio, muy pocos admitimos sin réplica lo que dice un hombre de talento. Casi todos nos ponemos públicamente de buena gana á cuestionar con un hombre cualquiera, pocos son los que se honran haciéndolo con el que tiene opinion de entendido. La razon es que en el contraste con el primero salimos ganando, y con el segundo todas las probabilidades son de que saldremos perdiendo. Después de oírnos cuestionar y vencer al primero, todos nos creemos superiores á él; después de vernos vencidos por el talento del segundo, casi ninguno habrá de nuestros amigos que no se ria de nuestra derrota.

—¿Y cómo yo que me reconozco inferior á tí no tengo inconveniente en disputar contigo? Si fuera verdad lo que dices no te daría motivo para mostrar tu superioridad sobre mí.

—Te agradezco la lisonja con que me regalas y que no merezco; pero aun mereciéndola no harías sino corroborar lo que digo. Si tú no tienes inconveniente en aparecer inferior á mí, es no mas porque estamos solos, y nadie presencia mi triunfo. Es seguro que si hubiera algun extraño ante el cual pudieras aparecer inferior á mí, no darías motivo para ello. El amor propio es mas grande que la amistad, que la abnegacion, que todas las pasiones humanas, es mas grande que el amor.

(Continuará.)

FRANCISCO VILA.

#### EL EXCMO. SEÑOR D. JOSÉ RAMON RODIL,

Marqués de Rodil.

Cúmplenos hoy depositar en la tumba de un soldado honrado y valiente, á quien debe nuestro país, en medio de sus desgracias, alguna de las páginas mas brillantes de su historia, el tributo de gratitud que se debe á los hombres distinguidos.

Sentimos carecer de los datos necesarios para escribir la biografía de ese guerrero ilustre á quien se ha hecho al fin justicia al bajar al sepulcro, aun por los adversarios que le hostilizaron en ocasiones dadas, olvidando sus recomendables prendas.

Pero cuando menos LA ILUSTRACION consagrará en sus páginas algunas líneas á la buena memoria del marqués de Rodil, y consignará los honores que se le han tributado.

El sábado 19 del corriente á las seis y veinticinco minutos de la tarde falleció el general Rodil, después de una larga agonía, porque su enfermedad era un mal crónico del padecimiento del hígado que había ido poco á poco agotando sus fuerzas; enfermedad debida á los excesivos ardores de la zona tórrida en que el marqués había hecho la guerra por tantos años. Ha sido asistido en su larga enfermedad por los facultativos señores Robiralta, Corral y Gamonal, que han recurrido á cuantos medios sugiere la ciencia, sin haber obtenido resultados, porque la naturaleza había llegado á una completa disolucion. Muchos fieles amigos han rodeado su lecho en los últimos momentos, y le ha prodigado todos los consuelos espirituales el respetable arcipreste de Burgos, juez de la Rota romana, D. Pedro Reales, y el antiguo auditor del general, D. Pablo Avelilla.

Después de haber estado dos días depositado en la iglesia de S. Justo el cadáver con la guardia de honor y demás que la ordenanza previene para los individuos de tan elevada clase, se verificó el entierro el 23 á las doce de la mañana, siendo conducidos los restos mortales á su última morada con la mayor pompa y solemnidad. Para este efecto, S. M. la Reina se había dignado dispensar lo que la misma ordenanza previene para el caso en que el fallecimiento ocurra en el punto de residencia de S. M., una real disposicion concebida en los términos mas honoríficos á la memoria del general.

En su consecuencia se habían dado las disposiciones convenientes, siendo invitados para asistir á la fúnebre ceremonia todos los generales y brigadieres de cuartel, los jefes de la guarnicion francos de servicio, y dos oficiales por clase de cada batallon de infantería, y regimiento de caballería y artillería.

Á las once ya se hallaban cuatro piezas de artillería rodada y todas las compañías de granaderos de la guarnicion, formadas en columna cerrada, en la plaza de los Consejos, dando frente á la calle Mayor, para tomar la vanguardia del entierro, como en efecto lo hicieron al tiempo de ordenarse la comitiva. El señor brigadier mayor de la plaza marchaba á la cabeza de dichas compañías de granaderos, acompañado de un coronel y un teniente coronel, según previene el artículo XX, título L del tratado III de la ordenanza.

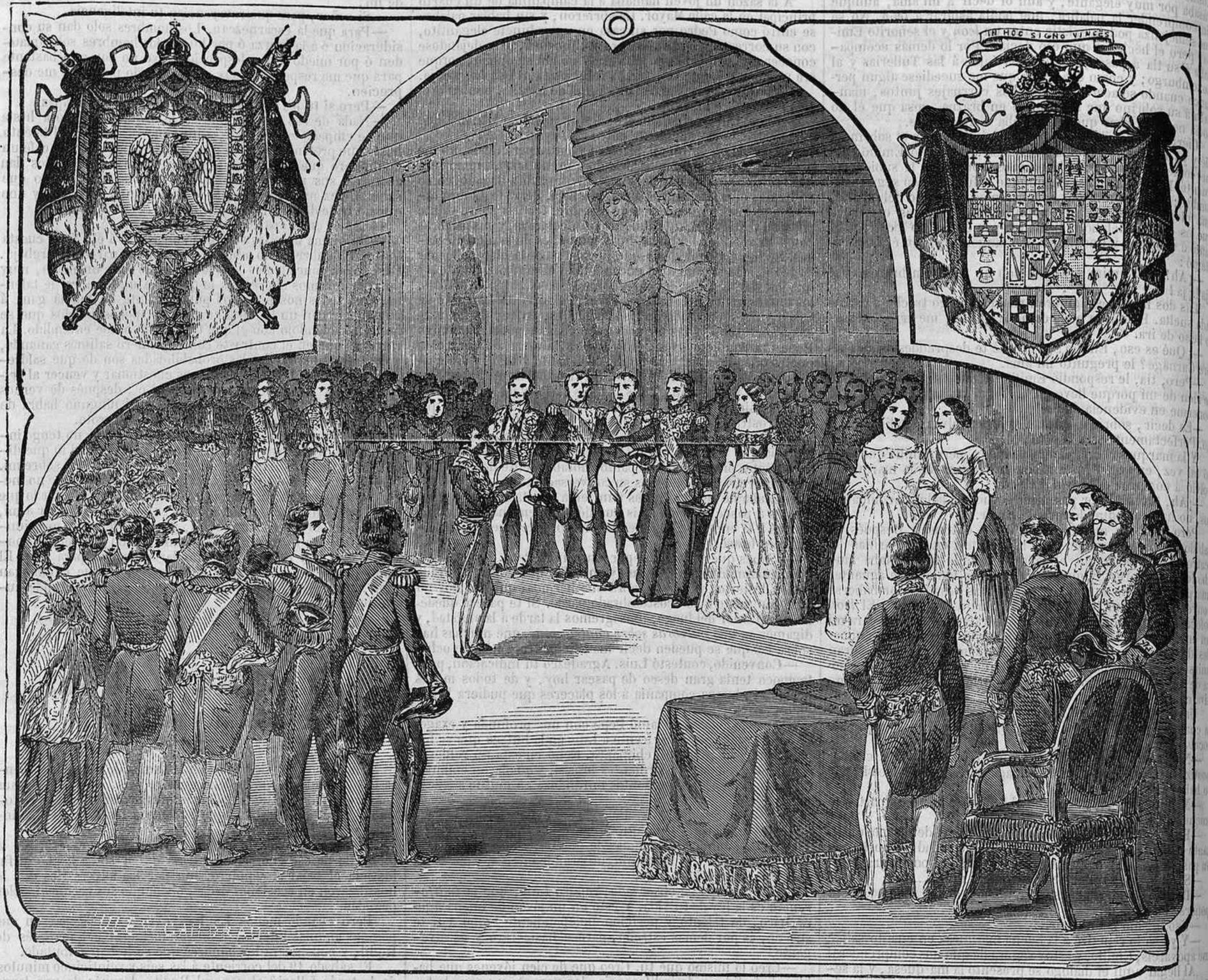
La artillería y compañías de granaderos del regimiento de Mallorca eran las destinadas á hacer las descargas de ordenanza, á cuyo efecto iban provistas de los correspondientes cartuchos sin bala.

El regimiento infantería de Mallorca se hallaba formado, su primer batallon por mitades en columna cerrada en la costa-

nilla de San Justo, dando frente á la calle del Sacramento, y el segundo en la costanilla del Nuncio, en la misma formacion; y en el acto del entierro marchaba á retaguardia del acompa-

ros, formaba en columna en la plazuela de Puerta Cerrada, dando frente hácia la iglesia de San Justo, y en la comitiva seguía al regimiento infantería de Mallorca.

cion era individuo el general. Sobre el féretro, que iba en un carro tirado por seis caballos, se veian tendidos los mantos de las reales órdenes de Carlos III y de Isabel la Católica, lle-



Ceremonia del casamiento civil del emperador Napoleon y la emperatriz Eugenia.—Escudos del emperador y la condesa de Teba.

ñamiento, é iba también municionado con dos cartuchos sin bala para las descargas correspondientes.

El regimiento de caballería del Rey, primero de Carabine-

Ordenado el cortejo, seguían á los cuerpos que formaban la vanguardia un crecido número de convidados, después el acompañamiento militar, que era muy numeroso, viéndose en él á la mayor parte de los generales que hay actualmente en Madrid; las autoridades militares, presidiendo el señor ministro de la Guerra; en seguida iba el clero, y á continuación el carro fúnebre, tirado por seis caballos enlutados; pendían del féretro seis cintas que llevaban otros tantos generales, entre los que se contaban los señores Concha y Chacon.

Por último formaban la retaguardia los cuerpos antes mencionados y en el orden que queda dicho, siguiéndoles á continuación un crecido número de carruajes pertenecientes á los convidados, á varias casas de la grandeza y á los muchos amigos que en todos los partidos políticos y en todas las clases contaba el general.

Iban en la comitiva las músicas de los regimientos de Mallorca, Estremadura y Reina Gobernadora: la primera á la cabeza de su cuerpo, la segunda delante del cadáver, y la de Reina Gobernadora á la cabeza de la columna de granaderos.

Así ordenado el cortejo fúnebre, salió por la calle del Sacramento á las Platerías, calle Mayor, Puerta del Sol, calles de Carretas y Atocha, al cementerio de San Justo y San Millán, de cuya corpora-

vando las cintas que de aquel pendían el capitán general marqués del Duero, y los tenientes generales duque de Alhambra, D. Pedro Chacon, D. Evaristo San Miguel, D. Andrés García Camba y D. José de la Concha.

Entre los militares que formaban parte del acompañamiento, además del ministro de la Guerra, que presidia el duelo, y del capitán general de Madrid, D. Francisco Lersundi, que iba á su derecha, se veía á los generales Mendez Vigo, Infante, Olloqui, Gallego, Ortega, Turon, brigadier Barciztegui, y muchos oficiales de los regimientos que se encuentran en la corte.

Colocado el féretro en su nicho con el ceremonial de costumbre, y hechos después los honores por la artillería y cuerpos destinados al efecto, se disolvió el acompañamiento, regresando los convidados á Madrid, no sin haber elevado sus preces al cielo por el eterno descanso del que tantos años consagró al servicio del trono y de la patria.



El marqués de Rodil.



Moneda acuñada en memoria del casamiento de Napoleon.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Establ. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.